

## CUANDO SE IBA A LA COMPRA POR EL CASCO ANTIGUO DE LA ALMUNIA<sup>1</sup>

Ya hace años, bastantes años, las calles de La Almunia eran un hervidero de gente que, a cualquier hora del día, hacía sus compras diarias.

Cada bajo de cada casa era una puerta abierta en la que se podía encontrar cualquier producto, incluso ultramarinos finos, pescado fresco todo cubierto de hielo envasado en cajas de madera, telas para hacer cortinas o vestidos, carnicerías, ferreterías, tiendas de chucherías y así un largo etcétera que hoy, por desgracia, han desaparecido o, mejor dicho, han cerrado sus puertas porque ya nadie pasa.

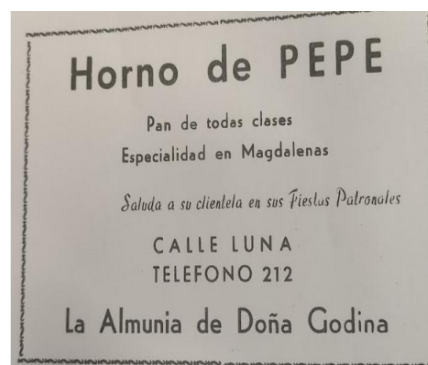


En realidad, no sabemos si se han cerrado porque nadie pasa o porque nadie pasa, han cerrado.

Bueno, también hay otras circunstancias que sabemos por las que la gente ya no pasa, pero eso ya es otra historia.

Estas tiendas, normalmente muy pequeñas y regentadas por familias, daban carácter a la calle con sus olores y escaparates.

Empezamos nuestro recorrido desde la plaza de Toros (los Obispos), donde Castiñeiras tenía la fábrica de gaseosas y los isocarros para su transporte. Seguimos por la **calle Luna** donde había una tienda de licores y vinos a granel elaborados por los propietarios, y la panadería *del Rulitos*, que fabricaba diferentes clases de pan, entre ellos el bisalto.



<sup>1</sup> Ángel Morales Díez, M.ª Esther Alonso Ochoa, Conchita García Escusol, José Clariana Joven, Antonio López Gil, Teresa Embid Becerril, Alberto Martínez Martínez, Conchita Alares Sanz, Rosario Gil López, Conchita Latorre Abad, M.ª Isabel Sancho Guillén, Carmen Soria Salas, José Luis Santos Sanz, Conchita Latorre García, Rosa Montesinos Casao, Conchita Martínez Latorre, Pilar Sánchez Gil y José Luis García Serrano.

Un poco más adelante la panadería de Josa, regentada por la señora Agustina y familia hasta que se la traspasó a Pepe, casado con Felisina. Justo enfrente estaba la peluquería en la que trabajaban tres hermanas: Pilar, Ana y Charo.

Antes de entrar en la calle Sayas, vamos a echar un vistazo a la **calle Fraïlla**.

Nos acercamos al final y volvemos recordando la tienda de ultramarinos de Luis Callejas y la de José Fernández Lajusticia; la albarquería y venta de zapatos de la familia Escolano; la fábrica de gaseosas de José María y Tremedal, que eran de Mazaleón, y el Banco Central.

En verano hacia las 5 de la tarde, cuando el Sr. Quilis se acercaba con el *carrico del helao*, muchos íbamos a comprar alguno.



Luis Callejas y la de José Fernández Lajusticia; la albarquería y venta de zapatos de la familia Escolano; la fábrica de gaseosas de José María y Tremedal, que eran de

Mazaleón, y el Banco Central.

En verano hacia las 5 de la tarde, cuando el Sr. Quilis se acercaba con el *carrico del helao*, muchos íbamos a comprar alguno.



Otras veces, cuando pasaba el vajillero de Ricla, nuestras madres salían con pieles de conejos, trapos, alpargatas viejas, etc. y a cambio recibían naranjas sangrinas que recogían en sus haldas, agujas, trezaderas, gomas...

Hemos llegado a la **calle Sayas** y, mirando hacia la Puerta de la Balsa, había un taller de carretería de los hermanos Ibáñez que después se trasladó a la carretera de Zaragoza.

Bajando hacia las Cuatro Esquinas y a la derecha está Barrioverde. Esta calle no era muy comercial, pero recordamos el depósito o almacén para los paquetes recibidos por Transporte Ciurana, que en un par de días eran repartidos por José Díez en un remolque de mano; o el reparto de gaseosa La Casera, también llevada en remolque a los domicilios por Rafael Martínez y Pilar Pascual, y, cómo no, la peluquería-barbería de caballeros "José".

De nuevo en las Cuatro Esquinas donde había una carnicería, la de Benito Roy, pero, lamentablemente, no nos quedan recuerdos de ella.



Posiblemente, la tienda más pintoresca era la de Viscotín, no sabemos si escrito con v o con b.

Era un hombre muy espabilado, pequeño, delgado y con cara muy estrecha. Tal vez el mote de Viscotín tuviera relación con su aspecto. Siempre con una bata azul, vendía de todo, hasta hilos.

Seguía la tienda de la Tejera, muy pequeña, que vendía comestibles y la carnicería de José Sánchez quien con su mujer, Carmen, la atendían. Siempre les chocaba que la gente pidiera “cuarto y mitad” de carne.

A continuación había un bar, el de las Ferrazas, pero no hay recuerdo de quién lo llevaba, tal vez un hermano.

Al final de la calle, encontramos la pescadería de la Zapatera porque su marido, que era zapatero, arreglaba los zapatos en la siguiente puerta. Cuando hacía mucho frío, los vecinos le pasaban un tarro con agua caliente a la pescadera para que pudiera meter las manos y calentarlas de vez en cuando.

Enfrente de esta pescadería había una casa, la del Lutero, que no era tienda propiamente dicha, pero que vendía vino a granel. Posteriormente, la hija abrió una tienda de pinturas porque su marido era pintor.

Ahora estamos en la esquina de San Diego y optamos seguir por la **calle del Rosario** donde había una serie de establecimientos, hoy desaparecidos, como el molino de piensos, el horno de La Parra, tienda de comestibles (Silvina), alpargatería (los Cerotes), carpintería de Manolo, otra tienda de ultramarinos (las Fabras y la Sra. Miguela), chucherías de la Sra. Trini, establecimiento de la Sra. Carmen (la Polla), albarquería (José Acero) y sastrería con una barbería enfrente, de la que no quedan recuerdos.



Nos adentramos en la **plaza de España** y, mirando a la derecha, vemos un edificio en cuyo solar hace tiempos hubo una posada regentada por Simón Agudo, que pasó a dirigir su viuda e hijos tras su fallecimiento. Era un lugar de paso y también de celebraciones, especialmente de comuniones.

La tienda de *la* Enriqueta, tienda de carbón, la panadería de la plaza (de Mariano), tejidos Orgaz, la peluquería, también de la plaza, (de Doménech, que también arreglaba relojes) y el bar de *la* Concha o del Chaval, que también era estanco, al lado de los porches del ayuntamiento.

Ahora podríamos recorrer la **calle Ortubia** y empezar por la parte más alta cerca de la carretera nacional con el taller mecánico de Santos Mañes, posteriormente garaje de autobuses de Ágreda Automóvil.



Un poco más abajo estaba la tienda de ultramarinos de Visitación Gil, *la Visita*, enfrente de la cual había una peluquería de señoras, Albina. En la esquina con la calle Boclín, la tienda de muebles y electrodomésticos de Mercedes Acero, junto a un pequeño taller de su marido para reparaciones de motos y bicicletas, y tejidos Pinilla.

Siguiendo hacia la plaza España, la carnicería de *la Candelaria* y la guarnicionería *del Correos*.

Justo después de la calle de Los Pilonos hubo una cantina, de Alejos, enfrente de lo que fue, posteriormente, el Club 22, y que antes fue la tienda de Abanta.



Pasamos a continuación por la herrería de Marcelino, en la esquina, y enfrente la carnicería de *la Juliana* junto a la pastelería de Marqués, reconocida por sus pasteles, pero especialmente por las brevas y conchas, imposible de comer sin mancharse la cara de nata, que íbamos a comprar después de la sesión de cine de los domingos.



Seguían los almacenes Giral, con su venta de muebles y todo tipo de complementos de mercería: hilos, agujas, botones... Era impresionante entrar y ver todo de madera con altos armarios repletos de pequeños cajones, cada uno con su producto. Característico era el ruido de la tarima que rechinaba en cuanto se entraba. Tienda de tejidos de Ángel Castillo, el bar Español, Alimentación Álvarez (SPAR) y en la esquina el bar Martínez o de Foronda completaban toda la acera.

De nuevo en la plaza de España, justo enfrente de la puerta del Ayuntamiento, estaban el quiosco de Joaquín donde vendía chucherías, pipas, cacahuetes en pequeñas bolsas y el quiosco de Zacarías donde se podían comprar los cromos de la época: Guillermo Tell, Sissi, el descubrimiento de América, Mundo y Color, etc., algunos de ellos a un céntimo el sobre.

Revistas, novelas (sobre todo de vaqueros) y los tebeos de hazañas bélicas, el Capitán Trueno o el Jabato podían ser cambiados por dos reales el ejemplar. El futbolín, colocado al aire libre y al lado del quiosco completaba la oferta de ocio, una vez limpiado el terreno de juego de las hojas y bolas de los plataneros.

Y tampoco nos podemos olvidar del quiosco de Quilis donde vendían helados: los cortes al gusto y los *quesitos* en forma de cubo y con su palo, hecho de leche helada.

Y por último, recorremos la **calle Vargas**, mejor conocida como del Hospital.

Esta calle era la típica de años atrás, salpicada de establecimientos, tiendas y comercios donde se podía encontrar de todo y donde ya no queda nada.

La carnicería de Orna y el bar Quilis daban acceso a la calle desde la plaza España.

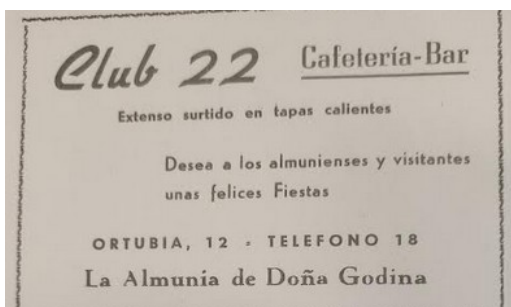
Tiendas un tanto especiales, que vendían productos, que ya no se venden al por menor, han desaparecido, por ejemplo, la lechería la Manca, donde se podía

comprar salvado para tocinos, fencejos y bolas de sal para el ganado.

El butano de Roy, peregrinación de gente a encargar el butano y camión que interrumpía el poco tráfico del momento, cargando las bombonas.

Establecimiento de máquinas de coser Alfa (regentada por la Sra. Bernardina) donde, aparte de la venta, las chicas iban a aprender a coser. Unas seis máquinas en la sala con un amplio escaparate se mostraban a los viandantes y animaban a las jóvenes a aprender a coser.

Ricardo, un poco más adelante, fabricaba brochas tanto para pintar paredes como para afeitarse, a la vez que su prima, Paca, regentaba una pequeña tienda de comestibles.



Pescaderías, tiendas de electrodomésticos, carpinterías, zapaterías, carnicerías, barberías, patios particulares con venta de verduras discurrían por toda la calle.

La tienda de alimentación de Chon y Félix, de donde las sardinas de pico se colocaban directamente en el pan que, a la vez, se regaba con su aceite; el olor a las sardinas rancias y el membrillo de uno o varios colores llamaban la atención de nuestros ojos.

En todas las tiendas de ultramarinos se compraba a granel: garbanzos, lentejas, fideos, arroz... y se envasaban en bolsas de papel o envuelto en papel de periódico, nunca los plásticos. Los líquidos, aceite, vino... también a granel, pero llevando la correspondiente botella o envase. Para las gaseosas había que llevar la botella vacía si querías recibir la llena.

Hacia el final de la calle se notaba el olor de las pieles traídas del matadero y almacenadas en casa de Antonio. Ya llegando cerca de la calle Sayas, una puerta permitía el acceso a la panadería La Parra cuya puerta principal estaba en la calle del Rosario.

Aquí acaba nuestro recorrido, nuestro breve recorrido por algunas calles del casco antiguo de La Almunia. De todas las puertas que hemos nombrado, y de las que nos hemos olvidado, no queda nada.

Ahora, pasar por estas calles significa querer llegar a otro lugar.

Ahora ya no hay olores típicos, no hay gente de compras..., en realidad, solo pasamos.

